

Susi K

Siguió el movimiento de sus labios y adivinó las palabras: «soy tuya, tómame», y aunque en verdad no eran propiamente palabras, Onofre disfrutaba jugando a adivinarlas en esa sucesión de pucheritos sexis que le habían programado a Susi K. Era perfecta. Así la había querido y así la consiguió: mulatona de pelo ensortijado e hinchadita de curvas caribeñas, sobre todo los pechos, esféricos, rotundos, con pezones volcánicos mirando, oprimidos debajo de la blusa, a la luna fugaz de sus deseos. Sí, perfecta ella y sus labios, pulposas frutas rojas que tenían esa untuosa suavidad de la gominola una vez se ha lamido el azúcar que la recubre, y que además decían lo que él imaginaba: «soy tuya, tómame».

Además de belleza, tenía un buen manajo de virtudes para la convivencia: no le hacía aspavientos ni osaba interrumpirle cuando a Onofre le daba por recitar alineaciones, idear estrategias, tácticas ofensivas, pivotes y laterales que usaría *si yo fuera el míster*, no, al contrario que Emilia, Susi K se quedaba perennemente expectante y boquiabierta ante tanta sapiencia futbolística, permanecía sentada junto a él cuando daban partidos de fútbol en la tele y, si el equipo de sus amores salía triunfante, no se negaba ella a celebrarlo con noche de coyunda, en aquellas posturas y por aquellos orificios que dictara el antojo del rey de la casa. Mas una invariable melancolía venía a visitarle después del cigarrillo de después, y es que en esos instantes no podía evitar acordarse de Emilia, añorar su regazo de mujer verdadera, su calor, sus latidos, su crema de pepino para el cutis, su perfume de arándanos.., *¿por qué?*, se preguntaba, el necio, *¿por qué me abandonó?*, olvidando a propósito que ella, *su Emilia*, se lo había dejado cristalino con una buena ristra de razones: por su higiene tan corta, por su mano tan larga, por el absolutismo de su carácter, por su monomanía futbolera... Cual niño desamparado y orgulloso, apagaba la luz y se aferraba al exótico cuerpo de su nueva señora: *tú no te marcharás como la Emilia*, susurraba en su oído inútilmente, *puede que te estropees con el paso del tiempo, como todo en la vida, pero tú no me vas a abandonar, porque eres mía, ¿entiendes? ¡Mía!*

Sin embargo, una tarde lluviosa de noviembre ocurrió lo imposible. Se hallaban en la cocina sentados frente a frente, con el faldón amable de la mesa camilla abrigando sus piernas y, al amor de un añejo brasero de infiernillo, jugaban al tute. Para que se escapara el humazo del puro, dejó Onofre entreabierta la ventana. Ella tenía las cartas boca arriba, se dejaba hacer trampas, le hacía pucheritos con sus labios carnívoros...

—¡Las cuarenta! —Vino él a exclamar, dando un torpe respingo victorioso que hizo temblar la mesa y brincar el brasero, con tan mala fortuna que se formó allá abajo un enjambre de chispas que fueron a parar al delicado pie de Susi K, cuajó una de esas chispas en diminuta quemadura y esta en llaga de fuego que comenzó a expandirse a medida que el aire se escapaba por ella, y así, en un visto y no visto, antes de que llegaran al olfato de Onofre los hedores del látex chamuscado, se acabó deshinchando Susi K de manera tan brusca que salió propulsada de la silla cual globo liberado de su nudo, atravesó la angosta rendija de la ventana, y se marchó de casa para siempre.